

I

Allá en Numea, cuando Jacobo Damour miraba el horizonte infinito del mar, creía ver en él toda su historia, las miserias del sitio, las cóleras de la Commune; después aquella redada que le echó tan lejos, medio muerto... No era aquella una visión límpida de los recuerdos, que le daban alegría ó tristeza, sino la sorda rumiación de una inteligencia oscurecida que volvía sobre sí misma en ciertos hechos que quedaban de pie y claros entre las ruínas del resto.

A los veinticinco años se casó con Felicidad, una hermosa mujer que tenía dieciocho, sobrina de una frutera de la Villette, á la que él tenía un cuarto realquilado. El era grabador en metales y

ganaba hasta doce francos diarios; ella había sido costurera anteriormente, pero como tuvieron un niño muy pronto, tuvo que reducirse á criar su hijo y á ocuparse del cuidado de la casa. El pequeño Eugenio medraba admirablemente. Nueve años más tarde, una niña vino á aumentar la familia: y ésta, Luisa, estuvo tanto tiempo enferma que gastaron con ella un capital de drogas y medicamentos. Esto no obstante, el matrimonio no era desgraciado. Damour hacía fiesta con frecuencia los lunes; pero como era muy razonable, iba á acostarse en cuanto conocía que había bebido mucho, y volvía á su trabajo al siguiente día tratándose á sí mismo de menos que nada. Desde que cumplió doce años fué Eugenio dedicado al trabajo, y aquel muchacho que apenas sabía leer ni escribir, se ganaba ya la vida. Felicidad, muy mujer de su casa, administraba aquella pequeña república con mucha maña y prudencia, aunque un poco *perra*, según Jacobo, porque solía servir en las comidas más legumbres que carne, con objeto de ahorrar algunos napoleones para un caso de enfermedad. Aquella fué la mejor época del matrimonio. Vivían en Menimontaut, calle de los Envierges, en una casa que se componía de tres departamentos: uno que ocupaba el matrimonio, el de Eugenio, y un espacioso comedor donde habían instalado el taller de cinceladura,

sin contar la cocina y un gabinetito para Luisa. La habitación daba á un extenso patio, en una pequeña ala del edificio, abundante de luz y sol, pues sus ventanas caían sobre un solar que servía de depósito para materiales de derribo, al que por la mañana y por la tarde venían un sinnúmero de carretas á descargar escombros y madera vieja.

Cuando estalló la guerra, los Damour habitaban en la calle de los Envierges hacía diez años. Felicidad, aun cuando cercana ya á los cuarenta, permanecía joven, un poco llena de carnes, y de una redondez de espaldas y de caderas que hacían de ella la guapa del barrio. Jacobo, al contrario, estaba seco, y los ocho años que le separaban de su mujer le convertían en un viejo al lado de ella. Luisa, repuesta de su salud, pero siempre delicada, se parecía á su padre, salvo sus morbideces de niña; en tanto que Eugenio, entonces de diecinueve años de edad, era alto como su madre y tenía las anchas espaldas de ésta. Vivían muy unidos, fuera de algunos lunes en que el padre y el hijo se entretenían demasiado en las tabernas. Entonces Felicidad rabiaba furiosa al pensar en el dinero disipado. Dos ó tres veces llegaron á las manos; pero esto no tuvo mayores consecuencias; era culpa del vino. Se les citaba como modelos de buen ejemplo. Cuando los prusianos marcharon sobre París y empezó la terrible temporada, po-

señan algunos miles de francos en la Caja de ahorros. Esto era muy hermoso para obreros que habían criado dos hijos.

Los primeros meses del sitio no fueron muy duros de soportar. En el comedor, donde dormían las herramientas, aún se comía carne y pan blanco. Compadecido por la miseria de un vecino, un pintor decorador que se llamaba Berru y que reventaba de hambre, pudo todavía Damour convidarle á comer algunas veces á la semana, y bien pronto el camarada fué su huésped obligado.

Era muy ocurrente y tenía siempre una frase que hacía reír, y tanto hizo y tan bien, que acabó por desarmar á Felicidad, inquieta y trastornada ante aquella inmensa boca que se tragaba los mejores bocados. Por la noche se jugaba á las cartas mientras se hablaba de los prusianos. Berru, un patriota, hablaba de excavar minas y subterráneos por debajo del campo, hasta llegar á las baterías de Chatillon y de Montretout, á fin de hacerlas saltar. Después caía sobre el gobierno, que, para traer á Felipe V quería abrirle á Bismarck las puertas de París. La república de aquellos traidores le hacía encoger de hombros. ¡Ah! ¡La república! Y con los codos apoyados sobre la mesa, explicaba á Damour su forma de gobierno: todos hermanos, todos libres, la riqueza de todo el mun-

do, la justicia y la igualdad reinando en todas partes, arriba y abajo.

—¡Como el 93!—añadía, categóricamente, sin estar muy seguro.

Damour se quedaba grave. El también era republicano, porque, desde la cuna, había oído decir á su alrededor que la república sería un día el triunfo del obrero, la dicha universal. Pero no tenía una idea fija de cómo aquellas cosas habían de pasar. Por eso escuchaba á Berru con atención, pareciéndole que razonaba muy bien, y que, seguramente, la república había de llegar como él decía. Se excitaba, creyendo firmemente que, si París entero, hombres, mujeres y niños, hubieran marchado sobre Versalles cantando la *Marsellesa*, se habría rechazado al prusiano, tendido la mano á las provincias y fundado el gobierno del pueblo, el que debía proporcionar rentas á todos los ciudadanos.

—¡Ten mucho cuidado!—le decía Felicidad.— ¡Esto acabará mal, si escuchas á Berru! Mátale el hambre, si tienes gusto en ello; pero déjale que vaya él solo á hacerse romper la cabeza.

Y no es que ella no quisiera también la república. El año 48, su padre murió sobre una barricada.

Únicamente que este recuerdo, en vez de soliviantarla, la volvía prudente.

En lugar del pueblo,—decía,—ella sabría cómo obligar al gobierno á que fuese justo; ya lo haría bien.

Los discursos de Berru la indignaban y la daban miedo, porque no le parecían sus doctrinas muy honradas. Veía también que Damour cambiaba, tomando maneras y empleando frases que no le gustaban bajo ningún concepto. Pero le asustaba aun más el aire ardiente y sombrío con que su hijo Eugenio escuchaba á Berru.

Por la noche, cuando Luisa se quedaba dormida sobre la mesa, Eugenio bebía lentamente un vasito de aguardiente, cruzaba los brazos sin decir una palabra y clavaba sus ojos en el pintor, que siempre traía de París alguna historia extraordinaria de una traición; los bonapartistas haciendo señales desde Montmartre, ó bien los sacos de harina y los barriles de pólvora echados al Sena para acelerar la rendición de París.

— ¡Cuánto embuste! —decía Felicidad, cuando Berru se marchaba.— ¡No te calientes los cascos! Ya sabes que es un farsante.

— ¡Yo sé lo que sé! —respondía Eugenio con expresión terrible.

Hacia mediados de Diciembre los Damour se habían comido todas las economías. A cada momento se anunciaba una derrota de los prusianos en provincias, una salida victoriosa que libraría por

fin á París; y el matrimonio no se apuró en los primeros momentos, esperando sin cesar que se reanudase el trabajo.

Felicidad hacía milagros: vivían al día, de aquel pan negro del sitio que únicamente Luisa no podía digerir.

Entonces Damour y Eugenio acabaron de calentarse los cascos, como decía la madre.

Osiosos todo el día, fuera de sus hábitos de laboriosidad, con los brazos flojos desde que dejaron sus cinceles, vivían en un ambiente moral enfermizo, en un enfurecimiento lleno de pensamientos utópicos y sangrientos.

Ambos se habían incorporado á un batallón, pero éste, como otros muchos batallones, no salía del recinto fortificado, acuartelado en su puesto, donde los hombres pasaban el tiempo jugando á las cartas ó bebiendo.

Allí fué donde Damour, con el estómago vacío y el corazón apretado ante la miseria de su casa, adquirió la convicción, escuchando las noticias de unos y de otros, de que el gobierno había jurado exterminar el pueblo, para ser dueño de la república.

Berru tenía razón; nadie ignoraba que Enrique V estaba en Saint-Germain, en una casa sobre la cual flotaba la bandera blanca.

Pero aquello acabaría. Cualquiera mañana caza-

rían á tiros á aquellos crapulosos que hacían morir de hambre y permitían que se bombardease á los obreros, con el único objeto de hacer sitio á los nobles y á los curas.

Cuando Damour entró con Eugenio en su casa, ambos febriles por el ambiente de locura de fuera, no hablaban más que de matar á todo bicho viviente, y esto lo repetían delante de Felicidad, que pálida y muda cuidaba á Luisita, enferma otra vez á causa de la mala alimentación.

Sin embargo, terminó el sitio, se firmó el armisticio, y los prusianos desfilaron por delante de los Campos Eliseos.

En la calle de los Envierges se comió pan blanco que Felicidad fué á buscar á Saint-Denis. Pero la comida fué sombría.

Eugenio, que había querido ver el desfile de los prusianos, contaba los detalles, cuando Damour, blandiendo un tenedor, gritó que era necesario guillotinar á todos los generales. Felicidad se irritó y le quitó el tenedor de las manos.

Los siguientes días, como el trabajo no se reanudaba, decidió trabajar en casa por su cuenta; tenía algunas piezas fundidas, las que quiso cuidar con la esperanza de una pronta venta.

En cuanto á Berru, había desaparecido después del armisticio; sin duda había caído sobre una mesa más abundante. Pero una mañana presentó-

se animadísimo y contó lo de los cañones de Montmartre.

Las barricadas se elevaban por todas partes, el triunfo del pueblo llegaba, por fin, y venía en busca de Damour, pues necesitaba el concurso de todos los buenos ciudadanos.

Damour dejó sus cinceles, á pesar de la cara asustada de Felicidad. Aquello era la Commune.

Entonces se desarrollaron las jornadas de Marzo, Abril y Mayo. Cuando Damour estaba cansado y su mujer le suplicaba que permaneciese en casa, él le respondía:

—¿Y mi franco y medio? ¿Quién nos dará el pan?

Felicidad bajaba la cabeza. No tenían para comer sino los seis reales del padre y los seis del hijo, el sueldo de la guardia nacional, que algunas veces aumentaba con distribuciones extraordinarias de vino y carne salada.

Por otra parte, Damour estaba convencido de su derecho; tiraba sobre los versalleses como hubiera tirado sobre los prusianos, persuadido de que así salvaba la república y aseguraba la dicha del pueblo.

Después de las fatigas y las miserias del sitio, el desconcierto de la guerra civil le hacía vivir en un recinto de tiranía, dentro del cual se batía como un oscuro héroe, decidido á morir por la defensa

de la libertad. No entraba de ningún modo en las complicaciones teóricas de la idea comunista. A sus ojos la Commune era sencillamente la edad de oro anunciada, el principio de felicidad universal; en tanto que creía con mayor tenacidad aún, que había en alguna parte, en Versalles ó en Saint-Germain, un rey pronto á restablecer la inquisición y los derechos feudales si le dejaban entrar en París.

En su casa no hubiera sido capaz de matar un insecto; pero en la barricada tiraba sobre los gendarmes sin ningún escrúpulo.

Cuando volvía, destrozado, negro por el sudor y la pólvora, se pasaba las horas al lado de su hija oyéndola respirar.

Felicidad no intentó retenerle ya más; esperaba con la calma de la mujer discreta el fin de todo aquel maremagnum.

No obstante, un día se atrevió á evidenciar que aquel tragalón de Berru que chillaba tanto, no era tan tonto que fuese á las barricadas á recibir algún tiro. Había tenido la habilidad de hacerse nombrar para una buena plaza en la Intendencia, lo que no le impedía, cuando venía de uniforme, lleno de plumeros y galones, el pronunciar discursos que exaltaban á Damour, hablando de fusilar á los ministros, á las Cámaras, á todo Dios, el día en que fuesen á cogerlos en Versalles,

Felicidad decía:

—¿Por qué diablos no va él en lugar de mandar á los otros?

Pero Damour replicaba:

—¡Cállate! Yo cumplo con mi deber... ¡Tanto peor para los que no lo cumplen!

Una mañana, hacia fines de Abril, llevaron á Eugenio sobre unas parihuelas á la calle de los Envierges. Había recibido un balazo en pleno pecho, en los Moulineaux. Cuando le subían por la escalera, espiró. Al llegar Damour, por la tarde, encontró á Felicidad silenciosa al lado del cadáver de su hijo. Fué el golpe terrible; cayó al suelo y Felicidad le dejó sollozar, sentado contra la pared, porque no encontraba palabras de consuelo para él, pues de haber proferido alguna, hubiera sido para decirle: «¡Tú tienes la culpa!» Había cerrado la puerta del gabinete; no quería que el ruido trascendiese, por no asustar á Luisita. Antes miró si los gritos del padre habían despertado á la niña. Cuando Damour se repuso un poco, quedóse mirando durante largo tiempo un retrato de Eugenio, con el uniforme de guardia nacional. Tomó una pluma y escribió al pie de la fotografía: «¡Te vengaré!», y estampó su firma. Esto fué un consuelo. Al siguiente día, un féretro cubierto de banderas rojas, condujo el cadáver al Père-Lachaise, seguido de una multitud inmensa. El padre

presidía, con la cabeza descubierta, y á la vista de aquellas banderas, de aquella sangrienta púrpura, su corazón se inundaba de pensamientos feroces. En la calle de los Envierges, Felicidad se había quedado al lado de Luisa. Por la noche, Damour se fué á las avanzadas á matar gendarmes.

Llegaron por fin las jornadas de Mayo. El ejército de Versalles había entrado en París. Damour no volvió durante dos días á su casa; replegóse con su batallón, defendiendo las barricadas entre el fulgor de los incendios. No sabía nada: disparaba su fusil en medio de la humareda, porque tal era su deber. Al amanecer del tercer día se presentó en la calle de los Envierges con la ropa hecha girones, anhelante, y tambaleándose, como un hombre ébrio. Felicidad lo desnudó y le lavó las manos con una toalla mojada. En esto apareció una vecina diciendo que los comunistas se defendían aún en Pére-Lachaise, y que los versalleses no sabían cómo desalojarlos.

—¡Voy allá!—dijo sencillamente, y se vistió otra vez y tomó el fusil. Pero los últimos defensores de la Commune no estaban en el llano, en los terrenos desnudos, donde dormía Eugenio. Damour tenía la idea confusa de hacerse matar sobre la tumba de su hijo, pero no pudo llegar hasta ella. Llegaban obuses rodeando las altas sepulturas. Entre los olmos, ocultos detrás de los már-

moles que blanqueaba el sol, algunos guardias nacionales disparaban aún sobre los soldados, de los cuales se veían ascender los pantalones encarnados. Damour llegó precisamente á tiempo de ser cogido. Fueron fusilados treinta y siete compañeros, y escapó milagrosamente á aquella justicia sumaria. Como su mujer le había lavado las manos y no tuvo tiempo de hacer fuego, quizá á esta circunstancia debió la vida. Desde aquel momento cayó en un estupor sombrío, barajando en su imaginación todo el horror de aquellos meses. Cuando salió de su imbecilidad, se encontraba prisionero en Versalles.

Felicidad fué á verlo, siempre pálida y tranquila. Cuando le dijo que Luisa estaba mejor, guardaron silencio, no encontrando nada que decirse. Al despedirse, para darle valor, ella le dijo que se ocupaban de su asunto, y aun sería posible le salvaran. Damour preguntó:

—¿Y Berru?

—¡Oh!—respondió Felicidad.—Berru está sobre seguro... Voló tres días antes de que entrasen las tropas; no le molestarán.

Un mes más tarde, Damour salió para Nueva Caledonia, condenado á deportación simple. Como no tenía ningún grado en las filas, el consejo de guerra le hubiera absuelto, á no confesar él tranquilamente que desde el primer día había hecho

fuego desde las barricadas. En su última entrevista dijo á Felicidad:

—Volveré. Espérame con la niña.

Esta era la palabra que conservaba más clara en sus recuerdos, allá, cuando se abismaban sus miradas en el horizonte infinito del mar. La noche le sorprendía muchas veces. A lo lejos, una blanca claridad permanecía mucho tiempo, como el velamen de un barco, agujereando las tinieblas crecientes; y parecíale que debía levantarse y andar sobre las olas, para llegar, por aquel sendero blanco, puesto que prometió volver.

II

Damour se portaba bien en Nueva Caledonia. Había encontrado trabajo y se le hicieron concebir esperanzas acerca de su indulto. Era un hombre de dulce carácter, que gustaba de jugar con los niños. No se ocupaba ya de política. Tratábase poco con sus compañeros y vivía solitario; únicamente podía reprochársele que se embriagara de cuando en cuando, y aun así tenía unas borracheras de buen muchacho, llorando á lágrima viva y yéndose á la cama por su propia voluntad. Su indulto, pues, parecía evidente, cuando un día desapareció. Todo el mundo quedóse estupefacto al saber que había huido con cuatro camaradas. Desde hacía dos años había recibido bastantes